

La Revolución de Octubre y su devenir histórico en el discurso del PCE: de la desestalinización a la perestroika

The October Revolution and its historical evolution in the discourse of the PCE: from de-Stalinization to perestroika

Emanuele Treglia
CIHDE

Resumen:

Este artículo analiza el relato elaborado por el PCE acerca de la Revolución de Octubre y su devenir histórico, desde los años cincuenta hasta la disolución de la URSS. El mito de la Revolución de Octubre, si bien resistió a las revelaciones de Jruschov y continuó siendo reivindicado hasta 1967, durante la etapa eurocomunista pasó a ser considerado como una herencia incómoda y controvertida que era conveniente dejar atrás. La perestroika fue presentada como una reactivación del espíritu originario del 17. Sin embargo, se trató de una reactivación efímera. Ante el colapso del socialismo real, el PCE reivindicó la vigencia del comunismo en cuanto ideal utópico.

Palabras clave: Revolución de Octubre, Partido Comunista de España (PCE), Desestalinización, Perestroika, Eurocomunismo.

Abstract:

This article analyzes the interpretations elaborated by the PCE (Communist Party of Spain) about the October Revolution and its historical evolution, from the 50s until the demise of the Soviet Union. The myth of the October Revolution resisted Khrushchev's revelations and continued to be vindicated until 1967. Nevertheless, during the Eurocommunist period it came to be considered an uncomfortable and controversial inheritance that was convenient to leave behind. Perestroika was presented as a reactivation of the original spirit of 1917. However, it was an ephemeral activation. Faced with the collapse of real socialism, the PCE claimed the validity of communism as a utopian ideal.

Keywords: October Revolution, Communist Party of Spain (PCE), de-Stalinization, Perestroika, Eurocommunism.

Introducción

En 1988, en una conferencia pronunciada en el Centro Cultural del Ayuntamiento de Madrid con ocasión del aniversario de la Revolución de Octubre, Manuel Vázquez Montalbán afirmó:

«¿Qué habríamos dicho de la Revolución de Octubre hace quince, veinte años en una reunión similar? Quizás habríamos salido del paso con una invocatoria un tanto antológica, habríamos hablado de la Gloriosa Revolución de Octubre, de la solidaridad de la Unión Soviética con los pueblos, etc. etc. Yo creo que hoy es imposible [...] salir de expediente con un recurso para glosar de carácter mitológico. ¿Qué hacemos ante esta efemérides? Esta efemérides que conmemora una Revolución que ha cambiado el mundo, evidentemente, [...] pero que también ha creado unas condiciones que [...] han condicionado [...] la manera de actuar los comunistas posteriores, es decir el movimiento comunista [...] ha recibido una herencia condicionada»^[1].

Estas palabras sintetizan eficazmente la significación simbólica que tuvo la revolución soviética a lo largo del corto siglo XX. El Octubre del 17 adquirió inmediatamente, para un extenso círculo de fieles, el carácter de un mito que condensaba y catalizaba promesas escatológicas de emancipación social. Un mito que tenía el marxismo-leninismo como base doctrinal, el Partido Comunista de Unión Soviética (PCUS) como máximo administrador del culto y la URSS como encarnación histórica por antonomasia. Un mito que generó los partidos comunistas (PPCC) propiamente dichos, forjando su identidad: les proporcionó un articulado

corpus ideológico y, además, constituyó la piedra angular de su memoria cultural, entendiendo ésta como la estructura narrativa que moldea y actualiza constantemente los momentos fundantes y las experiencias propias de una determinada comunidad, insertando el ayer en un horizonte de aspiraciones en constante devenir. Para los partidos comunistas, en efecto, la Revolución de Octubre no había agotado su impulso en 1917 o en los años inmediatamente posteriores, sino que cobraba vigencia en el presente y se proyectaba mesiánicamente hacia el futuro. Sin embargo, a partir de la mitad de los años cincuenta, el mito vivió un progresivo declive: después de haber sido erosionado por acontecimientos como el XX Congreso del PCUS o la represión de la Primavera de Praga, en la década de los ochenta experimentó su ocaso definitivo^[2].

El propósito de este artículo consiste en analizar el relato acerca de la Revolución de Octubre y su devenir histórico elaborado por el Partido Comunista de España (PCE) a lo largo de más de tres décadas, es decir, desde la denuncia de los crímenes de Stalin hasta la disolución de la URSS. El estudio pretende ilustrar no solo cuáles fueron las actitudes del PCE hacia la Revolución de Octubre y las interpretaciones de ésta que proporcionó el partido a través de su discurso público, sino también cómo dichas actitudes e interpretaciones variaron en función de su línea política y de su posicionamiento hacia Moscú. Así, en las próximas páginas se verá como el mito de la Revolución de Octubre, si bien resistió a las revelaciones de Jruschov y continuó siendo

1.- Manuel Vázquez Montalbán, «Aniversario de la Revolución de Octubre», *Nuestra Bandera*, 144, 1988.

2.- Marcello Flores, *La fuerza del mito. La rivoluzione russa e il miraggio del socialismo*, Milán, Feltrinelli, 2017; François Furet, *El pasado de una ilusión*, Madrid, FCE, 1995. Sobre el concepto de memoria cultural véase Jan Assmann, *Cultural Memory and Early Civilizations. Writing, Remembrance, and Political Imagination*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.

reivindicado hasta 1967, durante la etapa eurocomunista pasó a ser considerado como una herencia incómoda y controvertida que era conveniente dejar atrás. En la segunda mitad de los ochenta, la perestroika fue presentada como una reactivación del espíritu originario del 17. Sin embargo, se trató de una reactivación efímera y, frente al colapso de aquel modelo que había tenido su origen en la toma del Palacio de Invierno, el PCE reivindicó la vigencia del comunismo en cuanto ideal utópico.

La resistencia del mito después de Stalin

En marzo de 1953 fallecía Iósif Stalin. En las columnas de *Mundo Obrero* el PCE, expresando su profundo duelo, le describía como «el maestro y guía de los trabajadores del mundo», «el constructor del socialismo» que «con Lenin forjó el glorioso Partido Comunista de la Unión Soviética»^[3]. Unos meses más tarde, al anunciar la publicación de las obras completas del comunista georgiano en castellano, Dolores Ibárruri las comentaba de la siguiente manera: «Con mano maestra traza el camarada Stalin las líneas de la estrategia y de la táctica revolucionaria enseñándonos a no desaprovechar ningún medio, ninguna reserva, ninguna fuerza que puedan ser utilizados en un momento determinado contra el enemigo»^[4]. Asimismo, en un artículo publicado en 1954 en *Nuestra Bandera*, Jesús Izcaray elogiaba a Stalin por el hecho de haber demostrado la necesidad de aplastar «sin piedad a los capituladores y grupos hostiles a los principios revolucionarios del Partido»^[5]. Efec-

3.- «Nuestro pueblo en duelo», *Mundo Obrero*, 31-3-1953.

4.- Dolores Ibárruri, «Las Obras completas de Stalin en español», *Mundo Obrero*, 15-12-1953.

5.- Jesús Izcaray, «El eminente ejemplo de Stalin en la defensa de los principios y la unidad del Partido», *Nuestra Bandera*, 12, 1954.



Portada de *Mundo Obrero* del 15 de marzo de 1953 (AHCCCOA).

tivamente hasta entonces, durante los que han sido definidos como «años de plomo», el PCE había adoptado plenamente los principios y las prácticas propias del estalinismo maduro^[6]. En este marco, la figura de Stalin había sido revestida de caracteres míticos, lo que había constituido parte integrante de aquella operación de mitificación más amplia concerniente la URSS y su historia. En 1952 por ejemplo, con ocasión del treinta y cinco aniversario de la Revolución de Octubre, en *Mundo Obrero* se afirmaba en términos escatológicos: «La maravillosa obra de la Unión Soviética, dirigida por el Partido Comunista y guiada por el jefe y maestro de toda la humanidad progresiva, el genial arquitecto del comunismo, el gran Stalin, es la obra que conduce a la felicidad humana»^[7].

6.- Fernando Hernández, *Los años de plomo. La reconstrucción del PCE bajo el primer franquismo (1939-1953)*, Barcelona, Crítica, 2015.

7.- «En el XXXV Aniversario de la Gran Revolución de

Sin embargo, a partir de la segunda mitad de los cincuenta, el partido español tuvo que proceder a una reelaboración de este esquema discursivo. Dos factores influyeron decisivamente en este sentido. Por un lado, en 1956 Nikita Jruschov denunció en el XX Congreso del PCUS el culto a la personalidad y los crímenes de Stalin, provocando un enorme shock en todo el movimiento comunista^[8]. Por el otro, influido también por los nuevos aires que parecían soplar desde Moscú, aquel mismo año el PCE lanzó la Política de Reconciliación Nacional que, al apostar por alianzas transversales contra el franquismo, requería un fortalecimiento de sus credenciales democráticas. El partido español se encontró entonces ante la necesidad de armonizar exigencias a menudo contradictorias. En efecto, tenía que conciliar el desarrollo de su nueva línea política, que implicaba la aceptación de las reglas propias de un sistema liberal y pluralista, con el mantenimiento de la Revolución de Octubre como seña de identidad primordial. Al mismo tiempo, debía evitar que las revelaciones de Jruschov provocaran un derrumbamiento del mito de la «patria del socialismo» en su conjunto. Hacía falta, por lo tanto, elaborar un relato que reafirmara la vigencia de la experiencia soviética desvinculándola de las arbitrariedades que habían caracterizado el fenómeno estalinista^[9].

El intento de estructurar un marco discursivo coherente que compatibilizara y satisficiera estas distintas exigencias duró *grosso modo* hasta la Primavera de Praga. A

lo largo de este período, el PCE en sus publicaciones continuó celebrando ampliamente la Revolución de Octubre y la siguió dotando de una fuerte carga milenarista. En 1957, por ejemplo, Dolores Ibárruri escribía: «Con la revolución socialista de Octubre de 1917 se desvanecieron la tinieblas teológicas con sus mitos y maldiciones bíblicas que condenaban al hombre a ser eternamente esclavo»^[10]. Diez años después, conmemorando el cincuenta aniversario de la toma del Palacio de Invierno, la misma Pasionaria afirmaba: «[La Revolución de Octubre] puso fin a la prehistoria de la Humanidad. Con ella, comienza la verdadera historia de ésta»^[11]. Se subrayaban, entre otras cosas, el entusiasmo y las esperanzas que aquel acontecimiento, al inaugurar una «nueva era», había suscitado en España y en el resto del mundo. Se destacaba en particular su impulso libertador, publicando por ejemplo los primeros decretos firmados por Lenin, con los que se había declarado la paz inmediata y abolido la propiedad privada de la tierra^[12]. De todas formas, más allá de fórmulas rituales, la cuestión clave para los comunistas españoles consistía ahora en demostrar que el proceso revolucionario liderado por Lenin se había basado en un proyecto político que, por lo menos en sus orígenes, había presentado un carácter substancialmente democrático y pluralista. El PCE pretendía así impedir que la reivindicación de su pasado, de su identidad histórica forjada alrededor de la Revolución de Octubre, quitara credibilidad a la nueva imagen moderada y dialogante que se esta-

Octubre», *Mundo Obrero*, 15-11-1952; Santiago Carrillo, «La Gran Revolución de Octubre trajo el bienestar y la felicidad al pueblo», *Mundo Obrero*, 15-11-1953.

8.- Francisco Erice, «El Partido Comunista de España, el giro de 1956 y la lectura selectiva del XX Congreso», *Nuestra Historia*, 2 (2016), pp. 66-88.

9.- Santiago Carrillo, «El congreso de los constructores del socialismo», *Mundo Obrero*, 1-12-1961.

10.- Dolores Ibárruri, «Nuestro deber ante el aniversario de la revolución socialista», *Mundo Obrero*, 31-10-1957.

11.- Dolores Ibárruri, «Problemas de hoy a la luz de Octubre», *Nuestra Bandera*, 55, 1967.

12.- Dolores Ibárruri, «En el año 45 de la nueva era», *Mundo Obrero*, 1-12-1962; Juan Diz, «Del Este vino el ejemplo y la esperanza», *Mundo Obrero*, 31-8-1957; «Primeros decretos del poder soviético», *Nuestra Bandera*, 54, 1967.

ba construyendo en línea con la propuesta de Reconciliación Nacional.

Un ejemplo del relato oficial elaborado por la dirección del partido en este sentido se encuentra en *Nuevos enfoques a problemas de hoy*, obra publicada por Santiago Carrillo en 1967. A lo largo de una veintena de páginas, el entonces secretario general argumentaba que, por lo menos hasta el otoño de 1917, Lenin había defendido «inequívocamente la idea de la llegada al poder por una vía democrática, sin acudir a la violencia», y había hecho serios esfuerzos por «lograr un camino pacífico y un entendimiento con los partidos socialdemócratas y pequeñoburgueses, a la vez que por dar un carácter democrático y pluripartidista a los Soviets». Carrillo, recurriendo abundantemente a escritos del líder bolchevique como «Sobre los compromisos» o «Las tareas de la revolución», sostenía que Lenin había tendido constantemente la mano a eseristas y mencheviques, proponiéndoles repetidas veces la formación de un gobierno responsable ante los soviets y el desarrollo, en el seno de estos organismos, de una dialéctica de libre confrontación entre las distintas fuerzas políticas. Sin embargo, estas ofertas de diálogo y colaboración habían sido rechazadas: «Desgraciadamente —afirmaba Carrillo— las fuerzas pequeño-burguesas [...] se dejaron llevar por la ceguera política, por el anticomunismo y se sometieron a las exigencias de la burguesía reaccionaria»^[13].

Según este relato los bolcheviques, contrariamente a las que habían sido sus intenciones originarias, se vieron entonces prácticamente forzados a recurrir a la violencia para salvar la revolución, hacer frente a la reacción y sacar al país de la guerra

mundial. El mismo hilo argumental había sido seguido ya en 1957 por José Sandoval, que en *Nuestra Bandera* había afirmado: «¿De quién dependía en definitiva el rumbo cruento o incruento de los acontecimientos? Dependía de la llamada ‘democracia pequeño-burguesa’. [...] La responsabilidad de estos Partidos [menchevique y socialrevolucionario] ante la Historia es evidente». Sandoval continuaba afirmando que los bolcheviques, por su parte, habían mantenido siempre «en sus manos la bandera de la revolución pacífica, incluso cuando» estaban preparando «enérgicamente la insurrección armada»^[14]. El PCE presentaba así una versión edulcorada del leninismo y confeccionaba un discurso no exento de contradicciones: en efecto, no dejaba de resultar paradójico decir que Lenin, a pesar de sus grandes anhelos de democracia y pluralismo, había acabado adoptando drásticas medidas autoritarias como la disolución de la Asamblea Constituyente o la instauración de un régimen de partido único porque las otras fuerzas políticas no se sometían a la línea que él propugnaba.

Desde la dirección del PCE, se justificaba la supresión de las libertades y la represión de cualquier disidencia por parte de los bolcheviques apelando a las necesidades dictadas por la difícil situación en la que se encontró en sus primeros años el Estado surgido de la Revolución de Octubre: «Los bolcheviques - escribía Carrillo en *Nuestra Bandera* - no tenían ante sí la tarea de colectivizar una economía desarrollada anteriormente bajo el capitalismo, sino [...] la de crear de A a Z, una economía moderna, en un país atrasado, arruinado por la guerra. Esto entrañaba la necesidad de que el pueblo aceptase tremendos sacrificios. [...] La vanguardia proletaria comprendía esta ne-

13.- Santiago Carrillo, *Nuevos enfoques a problemas de hoy*, París, Éditions Sociales, 1967, pp. 143, 146 y 147. Véase también Federico Melchor, «Actualidad de las tesis leninistas», *Nuestra Bandera*, 55, 1967.

14.- José Sandoval, «El paso de la revolución democrática burguesa a la revolución socialista», *Nuestra Bandera*, 19, 1957.

cesidad [...]. En cambio la gran masa campesina y pequeño burguesa difícilmente podían lograr [...] ese alto nivel de conciencia. En tales circunstancias y de cara al cerco del imperialismo mundial, la dictadura de la clase obrera tenía, por fuerza, que ser muy dura»^[15]. Asimismo, en *Nuevos enfoques* se afirmaba: «Rusia se encuentra entonces arruinada por la guerra imperialista, la intervención extranjera y la guerra civil. [...] La primera revolución socialista [...] era como el espolón de proa de la revolución mundial. Y este espolón, al que correspondía romper la dura costra de un sistema social poderoso y fuerte, extendido a todo el mundo, necesitaba la dureza del diamante». El hacer hincapié en la coyuntura concreta en la que se había gestado el Estado soviético era funcional a la pretensión del PCE de asegurar a sus potenciales aliados que en cambio, en las condiciones propias de España y de los países capitalistas desarrollados, la dictadura del proletariado habría tomado la forma de «un régimen de democracia [...] pluripartidista»^[16]. Oximorones como éste evidenciaban los límites que afectaban el intento de conjugar la política de reconciliación con la persistencia de la fidelidad al modelo soviético.

El fenómeno estalinista, en este marco discursivo, era descrito como el producto de la superposición, a las dificultades propias del contexto del proceso revolucionario, de aspectos negativos propios de la personalidad del comunista georgiano, quien había roto con la legalidad socialista y se había colocado por encima del partido y del Estado. El hecho de que había sido el propio PCUS el que había denunciado las deformaciones ligadas al culto a la personalidad, se consideraba como la prueba

más evidente de que éstas habían sido algo ajeno a la naturaleza del régimen soviético cuya validez, por lo tanto, seguía intacta. Además, en las publicaciones del PCE se precisaba que el liderazgo de Stalin había presentado no solo sombras, sino también luces, en el sentido de que, si bien había habido «momentos en que a ciertos niveles en determinadas cuestiones Stalin resolvía personal y caprichosamente, [...] a otros niveles y en otras cuestiones se proseguía una línea general correcta»^[17]. En efecto, no era posible cuestionar integralmente la labor del llamado «hombre de acero», quien había sido el máximo dirigente de la URSS durante tres décadas, porque habría equivocado a deslegitimar también buena parte de la trayectoria soviética.

Así, el PCE subrayaba que, a pesar de todo, durante los años de Stalin la «patria del socialismo» había sido capaz de alcanzar méritos históricos: en este sentido, elogiaba por ejemplo su solidaridad con la Segunda República española durante la guerra civil, su «extraordinario impulso al movimiento de liberación» de los países del Tercer Mundo o el hecho de que, «cuando el hitlerismo amenazó con sumergir a la humanidad en la barbarie, la Unión Soviética, a costa de inmensos sacrificios [...] fue el factor decisivo de la victoria de la democracia»^[18]. Uno de los aspectos de la experiencia soviética más alabado por el PCE era el extraordina-

15.- Santiago Carrillo, «Octubre de 1917, primera acto de la revolución mundial», *Nuestra Bandera*, 55, 1967.

16.- S. Carrillo, *Nuevos enfoques*, pp. 149-150 y 168.

17.- Santiago Carrillo, «Octubre de 1917»; «Resolución del pleno del Comité Central sobre la situación en la dirección del Partido y los problemas del reforzamiento del mismo», *Mundo Obrero*, noviembre-diciembre de 1956. Sobre la problemática memoria del estalinismo en la URSS durante estos años véase: Polly Jones, *Myth, Memory, Trauma. Rethinking the Stalinist Past in the Soviet Union, 1953-70*, New Haven, Yale University Press, 2013.

18.- «Declaración del Comité Central del PCE. En el cincuenta aniversario de la Gran Revolución de Octubre», *Mundo Obrero*, 1ª quincena de octubre de 1967; «¿Qué hace la Unión Soviética?», *Mundo Obrero*, 1ª quincena de julio de 1967.

rio desarrollo económico y científico que, en unas pocas décadas, había convertido la URSS, un país originariamente atrasado, en la segunda potencia mundial. A este propósito, merece la pena citar un artículo aparecido en *Mundo Obrero* en 1967 para celebrar el aterrizaje en Venus de la sonda soviética Venera 4 (o Venus-4). Se trataba de la primera sonda en posarse en otro planeta, y este éxito coincidía con el cincuenta aniversario de la Revolución de Octubre. El órgano comunista afirmaba entonces: «No podemos por menos que recordar lo que era la Rusia de aquel tiempo, su nivel científico, técnico, industrial, y el de esta Unión Soviética de 1967: la del Venus-4. Se nos dice que para llegar a posarse sobre Venus, este ingenio soviético ha recorrido unos 350 millones de kilómetros. ¿Qué distancia histórica ha recorrido ese pueblo desde la toma del Palacio de Invierno a Venus-4? ¡Espléndido regalo de aniversario!»^[19].

A la altura de 1967, por lo tanto, el mito de la Revolución de Octubre y de la URSS seguía substancialmente vivo en el discurso del PCE. Los comunistas españoles consideraban que la «patria del socialismo» había ya superado las deformaciones de la época de Stalin, y defendían sin fisuras la superioridad del sistema soviético respecto al modelo vigente en el bloque occidental. En una encuesta realizada entre las juventudes del PCE y publicada en *Nuestra Bandera* con ocasión del cincuenta aniversario de la toma del Palacio de Invierno, a la pregunta «¿Qué es para ti la Unión Soviética?», los entrevistados proporcionaron respuestas como las siguientes: «[Es] el fin de las injusticias. [...] Para mí es esto la Unión Soviética: la posibilidad de llorar gritando,

de emoción y admiración. [...] Es el sistema social mejor del mundo. [...] Camina hacia una sociedad que [...] solucionará todos los problemas en todos los aspectos de la vida. En una palabra: para mí, la Unión Soviética, es lo que yo buscaba y deseaba»^[20]. Sin embargo, a partir del año siguiente, declaraciones de este tipo fueron desapareciendo de las publicaciones del PCE.

El eurocomunismo y el rechazo del mito

A principios de noviembre de 1977, Santiago Carrillo viajó a Moscú para participar en uno de los actos centrales de las celebraciones por el sesenta aniversario de la Revolución de Octubre, un mitin que veía reunidos líderes comunistas de todo el mundo en presencia de Leonid Brézhnev y el resto de la cúpula dirigente soviética. Sin embargo, el PCUS no permitió que el «zorro rojo» tomara la palabra para dar su discurso. Las relaciones entre el PCE y el Kremlin se encontraban entonces en su peor momento. Efectivamente, unos meses antes el secretario general español había publicado *Eurocomunismo y Estado*, en cuyas páginas, como se verá más adelante, había realizado profundas críticas a la URSS, a su historia y a su sistema socio-político. Los soviéticos habían replicado ásperamente, lanzando contra Carrillo unos ataques que habían sido interpretados por muchos observadores como una excomunión. De hecho, un informe estadounidense había comparado la polémica desencadenada por *Eurocomunismo y Estado* a «un cisma religioso, en el que los herejes se convierten en enemigos mayores que los no creyentes»^[21]. Así, el

19.- «Venus-4», *Mundo Obrero*, 2ª quincena de octubre de 1967; Fernando Claudín, «La URSS y el progreso técnico y científico», *Mundo Obrero*, 31-10-1958; Gaspar Aribau, «Desarrollo cualitativo de la economía soviética», *Nuestra Bandera*, 55, 1967.

20.- Nuria Pla, «Octubre y juventud», *Nuestra Bandera*, 55, 1967.

21.- «Spanish Communist Response to Soviet Attack», 28-6-1977, Central Foreign Policy Files: National Archives and Records Administration (NARA); *Sobre la polémica en*



Reunión de Santiago Carrillo con un grupo de dirigentes soviéticos, Yuri Dubinin a la derecha, en la conmemoración de la Revolución Rusa (Foto: Luis Magán. AHPCE, Fondo *Mundo Obrero*).

PCUS no estaba dispuesto a proporcionar al secretario general español un escenario desde el cual difundir sus apostasías^[22]. Unos días después de su problemática estancia en Moscú, Carrillo viajó al corazón del bloque occidental, Estados Unidos, y desde allí anunció que el PCE en su próximo congreso habría abandonado el leninismo como referencia ideológico-identitaria.

Los acontecimientos de noviembre de 1977 resultan ejemplificativos, en términos simbólicos, de un aspecto fundamental de la línea política que estaba desarrollando entonces el PCE: la intención clara de tomar netamente las distancias no solo de la URSS, sino también de la Revolución de

Octubre y de su *corpus* doctrinario. En el marco del proyecto eurocomunista español, lo que un tiempo había sido un mito pasó a ser considerado como un estigma, una herencia incómoda y controvertida que había que dejar atrás. En 1975 por ejemplo, en una entrevista con la periodista italiana Oriana Fallaci, Carrillo fue explícito en este sentido: «Seguir viendo la revolución conforme a lo que fue en 1917, con Lenin, es hacer como la mujer de Lot. Ya sabe, el personaje bíblico que se volvió para mirar y se convirtió en estatua de sal. No hay que mirar atrás, no hay que mirar a la Revolución Rusa. Hay que mirar adelante, hay que mirar hacia Europa»^[23]. Un año más tarde, en una conferencia de PPCC europeos que tuvo lugar en Berlín, el mismo secretario general afirmó que el movimiento comunista desde su nacimiento había sido caracteri-

torno al artículo de la revista soviética «Tiempos Nuevos», Barcelona, Crítica, 1977.

22.– El PCUS dijo que la causa de la frustrada intervención de Carrillo residió, en realidad, en problemas de orden logístico. Tanto esta versión, como la del PCE, pueden verse en «Carrillo in Moscow: Sound and Fury», 6-11-1977, Central Foreign Policy Files: NARA.

23.– Oriana Fallaci, *Entrevista con la historia*, Barcelona, Noguer, 1978, p. 529.

zado por una «mística del sacrificio y de la predestinación», por unos rasgos religiosos de los que había que liberarse definitivamente: «Llegamos a tener algo de una nueva iglesia, con nuestros mártires y nuestros profetas. Durante largos años, Moscú [...] fue como nuestra Roma. Hablábamos de la gran revolución socialista de octubre como de nuestra Navidad. Fue nuestro período de infancia. Hoy nos hemos hecho adultos»^[24]. La conquista de la mayoría de edad, por lo tanto, suponía el abandono del pensamiento mítico, considerado como algo propio de mentes infantiles.

El proceso de configuración del eurocomunismo, como es notorio, empezó en 1968, cuando los comunistas españoles, a la par que los italianos y franceses, condenaron la represión de la Primavera de Praga por parte del Pacto de Varsovia. Los acontecimientos checoslovacos marcaron un antes y un después en la trayectoria del PCE, que rompió por primera vez con la disciplina del llamado internacionalismo proletario, al darse cuenta de que el desarrollo de la línea política que había lanzado a mitad de los cincuenta se hacía cada día más incompatible con el mantenimiento de su histórica fidelidad incondicional a Moscú. Desde entonces, la implementación de sus credenciales democráticas en el ámbito español y europeo pasó a prevalecer definitivamente sobre las exigencias dictadas por su pertenencia al movimiento comunista articulado alrededor del PCUS. Se trató del «inicio del fin del mito soviético»^[25]. De hecho ese mismo año, a la hora de conmemorar el aniversario de la Revolución de Octubre, *Mundo Obrero* publicó un artículo que, si por un lado alababa el «heroísmo»

y la «profunda conciencia» de los pueblos de la URSS que habían salvado «a la Humanidad de la esclavitud fascista», por el otro subrayaba la necesidad de que los partidos comunistas se deshicieran de sus viejos hábitos, del «mesianismo semirreligioso» y de la «fe ciega»^[26].

De todas formas, en el período inmediatamente posterior a la Primavera de Praga, en su actitud hacia la Unión Soviética y la Revolución de Octubre la dirección del PCE intentó balancear el impulso renovador con la continuidad, evitando bruscas rupturas con las señas tradicionales de la identidad comunista. Esta cautela se debió, entre otras cosas, a la situación que se daba dentro del propio partido, en cuyas filas no podían no estar profundamente arraigados aquellos mitos que habían sido cultivados durante décadas^[27]. Así, en un primer momento el PCE siguió reivindicando la vigencia de la Revolución de Octubre y, al mismo tiempo, buscó en ella elementos que legitimaran su nuevo rumbo, en particular su reclamación de plena independencia respecto a la URSS: una plena independencia que incluía, evidentemente, el derecho a la crítica y la adopción de un modelo alternativo de socialismo.

Resultan ejemplificativos en este sentido unos artículos publicados en *Nuestra Bandera* a lo largo de 1970, con ocasión del centenario del nacimiento de Lenin. En ellos se presentaba el leninismo como una ideología originariamente antidogmática y democrática que, con su método del análisis concreto de la realidad concreta, admitía la necesidad de elaborar diferentes es-

24.- Conferencia de Partidos Comunistas y Obreros de Europa. Intervención de Santiago Carrillo, número extraordinario de *Mundo Obrero*, junio de 1977.

25.- Giaime Pala y Tommaso Nencioni (eds.), *El inicio del fin del mito soviético*, Barcelona, El Viejo Topo, 2008.

26.- «El aniversario del Octubre rojo», *Mundo Obrero*, 1ª quincena de noviembre de 1968; «Experiencias de la discusión sobre Checoslovaquia en nuestro partido», *Mundo Obrero*, 2ª quincena de diciembre de 1968.

27.- Véase «Reunión del CE», febrero 1972, Documentos del PCE: carpeta 53, AHPCE; Santiago Carrillo, *Libertad y socialismo*, París, Editions Sociales, 1971, p. 64.

trategias revolucionarias que se adaptaran a las circunstancias de cada país: se citaba a este propósito el hecho de que la propia Revolución de Octubre no habría llegado a producirse si Lenin no hubiera roto con la ortodoxia marxista occidental. Se afirmaba que Stalin, en cambio, había deformado gravemente el leninismo y lo había convertido en una ideología de conservación: había exacerbado sus aspectos autoritarios y había absolutizado, imponiéndolo al resto del movimiento comunista, el modelo de partido y de proceso revolucionario que se había configurado en Rusia. Consecuentemente, el PCE sostenía que su línea política no era ni revisionista ni oportunista, sino que se inspiraba en el espíritu primigenio de la Revolución de Octubre: «La necesidad de elaborar una estrategia de la revolución en los países de Europa —escribió Carrillo— es evidente. Y la elaboración de esta estrategia exige examinar incluso si los actuales métodos de los Partidos Comunistas no necesitan también ciertas adaptaciones que los adecuen mejor a las condiciones en que se nos presenta a nosotros la perspectiva revolucionaria. [...] Nosotros pensamos que así fue como procedió Lenin en su tiempo, y en las condiciones concretas de Rusia. Nosotros queremos que nuestro Partido se inspire en Lenin»^[28]. Sin embargo, también el autor del *¿Qué hacer?* pasó muy pronto a ser visto como un referente incómodo.

A lo largo de los setenta, en efecto, llegó a su plena configuración la fórmula eurocomunista. Con ésta, en el marco del cambio político español, el partido liderado por Carrillo aspiraba a propiciar su integración en el naciente sistema democrático subrayando, de cara a la opinión pública y a las fuerzas políticas occidentales, su total alteridad

respecto a la experiencia soviética^[29]. Se produjo entonces un profundo rechazo de la Revolución de Octubre por parte del PCE. Un rechazo que, por un lado, se concretó en una operación de desmemoria, en el sentido de que las referencias a la Revolución de Octubre fueron casi desapareciendo del discurso público del partido; por el otro, se manifestó bajo la forma de ataques radicales dirigidos tanto contra sus encarnaciones históricas —los Estados socialistas y el movimiento comunista—, como contra el núcleo de su *corpus* ideológico el —leninismo—.

De hecho, desde el principio de la década el partido español fue incrementando sus críticas a la URSS y a los otros países del socialismo real denunciando, por ejemplo, sus actitudes imperialistas hacia el exterior y sus violaciones de las libertades y de los derechos humanos en el plano interior^[30]. Esta ofensiva alcanzó su auge con la publicación de *Eurocomunismo y Estado*. En sus páginas Carrillo afirmó, entre otras cosas, que con la Revolución de Octubre había surgido y se había consolidado un Estado que, «hablando en nombre de la sociedad», se colocaba «por encima de ella». No podía ser considerado una «democracia obrera», porque estaba dominado por «una capa burocrática» que disponía de «un poder político inmoderado y casi incontrolado». Además, estaba «manchado por formas de opresión y de represión», tanto en su interior como «en las relaciones con los estados socialistas del Este». Esto, según el autor, se debía a que la URSS había ido adquiriendo «una serie de rasgos formales similares a los de las dictaduras fascistas» que habían desembocado en «deformaciones y degeneraciones» propias de los «estados impe-

28.- Juan Diz, «Un rasgo básico del leninismo: la lucha antidogmática», *Nuestra Bandera*, 65, 1970; «Editorial», *Nuestra Bandera*, 63, 1970; «Discurso de Santiago Carrillo», *Nuestra Bandera*, 64, 1970.

29.- Juan Andrade, *El PCE y el PSOE en (la) transición*, Madrid, Siglo XXI, 2012.

30.- Emanuele Treglia, «El PCE y el movimiento comunista internacional (1969-1977)», *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 37, 2015, pp. 225-255.

rialistas». El líder español ponía en tela de juicio el sistema soviético en su conjunto: «Por mucho tiempo, con la fórmula del ‘culto a la personalidad’ hemos atribuido esos fenómenos a las características personales de Stalin. [...] Pero hay que preguntarse si el sentido práctico de Stalin no estaba más en consonancia con el tipo de Estado que se estaba formando en realidad, con [...] el sistema. [...] Ese sistema no se ha transformado, no se ha democratizado»^[31].

En esta fase Carrillo llegó incluso a sostener que los Estados Unidos, en comparación con la URSS, presentaban una «superioridad» no sólo económica y tecnológica, sino «también en otros temas»: «No creo —dijo en una reunión con una delegación del PC italiano en 1977— que hoy la URSS pueda exhibir una superior condición social y humana, un modo de vida más rico de contenidos ideales, etc.»^[32]. Afirmaciones de este tipo equivalían a proclamar el fracaso del devenir histórico de la Revolución de Octubre. En la misma línea, Carrillo admitía la derrota de los partidos comunistas frente a los socialistas y socialdemócratas. En la entrevista ya citada con Oriana Fallaci hizo unas declaraciones explícitas en este sentido: «Hay que preguntarse por qué la socialdemocracia continua siendo, sobre todo en los países desarrollados, la favorita de la clase obrera. [...] ¿No será [...] que los comunistas nos hemos dejado paralizar por el ejemplo soviético, por la idea de tomar el Palacio de Invierno como los bolcheviques? ¿No será [...] que no hemos querido, que no hemos sabido hacer las reformas que podríamos haber hecho? ¿No será [...] que la socialdemocracia esta-

ba más preparada que nosotros para hacer esas reformas, para mejorar el nivel de vida de los obreros?»^[33]. Conforme a esta visión, el internacionalismo promovido por el eurocomunismo español dejó de tener como horizonte de referencia el movimiento comunista articulado alrededor del PCUS y buscó, con escasos resultados, una renovada colaboración con los partidos socialistas y socialdemócratas occidentales. Más en general, Carrillo y otros dirigentes españoles invocaron repetidamente la necesidad de llegar a una reunificación de las dos principales familias de la izquierda, superando así la fractura producida en el seno del movimiento obrero por la constitución de la III Internacional y la relativa creación de los partidos comunistas propiamente dichos: el PCE, por lo tanto, con su propuesta eurocomunista pretendía anular los efectos de la que, al calor de la Revolución de Octubre, había sido el acta fundacional de su identidad histórica.

El proceso de rechazo de la herencia incómoda de 1917 por parte del partido español tocó su punto álgido con el abandono del leninismo en 1978. En su IX Congreso, contrariamente a lo que había sostenido hasta entonces, el PCE admitió que no se podían reivindicar los planteamientos del líder bolchevique como base ideológica de una estrategia democrática. En un artículo publicado en este sentido en *Nuestra Bandera*, por ejemplo, Ernesto García hacía hincapié en los rasgos autoritarios que caracterizaban el núcleo del pensamiento de Lenin y afirmaba: «La discrepancia existente entre las concepciones eurocomunistas y ciertas ideas fundamentales de Lenin sobre el estado y la revolución [...] es lo que hace aconsejable que el partido deje de definirse

31.- Santiago Carrillo, *Eurocomunismo y Estado*, Barcelona, Crítica, 1977, pp. 198-202, 207-208. Federico Melchor, «Los días que cambiaron la Historia», *Mundo Obrero*, 9-11-1977.

32.- «Nota su viaggio a Madrid e Barcellona», 28-7-1977, Estero 1977: MF. 299, Archivio Storico del PCI, Fondazione Gramsci.

33.- Oriana Fallaci, *Entrevista con la historia*, p. 529; «Reunión del CE», septiembre 1974, Fondo Sonoro: DVD 130, AHPCE.

como leninista»^[34]. En la misma línea, Simón Sánchez Montero subrayaba en *Mundo Obrero* que el modelo leninista no podía seguir siendo asumido por un PCE que consideraba que no era «posible, ni necesario, ni conveniente, el establecimiento de la dictadura del proletariado para construir el socialismo»^[35]. El partido español dejó así atrás la lectura edulcorada y selectiva de Lenin que había sostenido en los años anteriores. Al mismo tiempo, buscó nuevos referentes en figuras como la de Rosa Luxemburgo. De hecho, el discurso eurocomunista hizo suyas las críticas formuladas por la dirigente espartaquista hacia «las insuficiencias democráticas de la Revolución de Octubre»^[36]. De todas formas, como es notorio, el abandono del leninismo encontró notables resistencias dentro del PCE. En una de las numerosas cartas enviadas por la militancia a la dirección en este sentido, se afirmaba significativamente que el partido, renunciando a Lenin, renegaba el «gran corazón rojo y vivo de la revolución de octubre de 1917»^[37].

La definitiva negación de la vigencia de la Revolución de Octubre por parte del eurocomunismo español se produjo a principios de los ochenta. En efecto, a raíz del golpe de Jaruzelski en Polonia, el Comité Central del PCE difundió un amplia declaración que acababa sentenciando: «La realidad actual nos lleva a plantearnos cla-

ramente que una forma de articulación del movimiento revolucionario [...] en torno a la Revolución de octubre de 1917 [...] está definitivamente superada»^[38]. Sin embargo, en una cultura política como la comunista, caracterizada por un acentuado milenarismo, la desacralización de los mitos y el abandono de las referencias ancestrales provocaron consecuencias traumáticas. Efectivamente, el rechazo de la Revolución de Octubre conllevó la erosión profunda de las señas de identidad primordiales del PCE y privó la memoria cultural comunista de su piedra angular, lo que contribuyó al desarrollo de la grave crisis que afectó al partido entre 1979 y 1982, causando su drástico declive^[39].

La perestroika y la efímera redención de la Revolución de Octubre

Gerardo Iglesias, secretario general del PCE desde finales de 1982, a principios de noviembre de 1987 viajó a Moscú para participar en uno de los actos centrales de las celebraciones por el setenta aniversario de la Revolución de Octubre. A diferencia de lo que había pasado a Carrillo diez años antes, esta vez el líder comunista español sí pudo pronunciar su discurso en presencia de la cúpula dirigente soviética. En su intervención habló en favor del desarme, subrayó la indisolubilidad del nexo entre democracia y socialismo y terminó afirmando: «Compañero Gorbachov, estamos persuadidos que el desarrollo de la perestroika terminará proyectando, como la gran

34.- Ernesto García, «Las revisiones de Lenin. Leninismo y marxismo revolucionario ayer y hoy», *Nuestra Bandera*, 92, 1978.

35.- Simón Sánchez Montero, «Ante un congreso histórico», *Mundo Obrero*, 1-2-1978.

36.- Pilar Brabo, «Los orígenes del eurocomunismo», en VV.AA., *Para una historia del PCE. Conferencias en la FIM*, Madrid, FIM, 1980, p. 201; Manuel Azcárate, «Raíces históricas del eurocomunismo», *Nuestra Bandera*, 106, 1981.

37.- Francisco Peñalba, «Sobre el abandono de la palabra leninismo», 22-3-1978, Documentos del PCE: IX Congreso, Tribuna del IX Congreso, AHPCE.

38.- «Resolución del Comité Central del PCE sobre la situación en Polonia», 10-1-1982, Documentos del PCE: caja 63, AHPCE.

39.- Para un análisis extenso de estos temas véanse: Carme Moliner y Pere Ysàs, *De la hegemonía a la autodestrucción. El Partido Comunista de España (1956-1982)*, Barcelona, Crítica, 2017; Emanuele Treglia, «Un partido en busca de identidad. La difícil trayectoria del eurocomunismo español», *Historia del Presente*, 18, 2011, pp. 25-41.

Revolución de Octubre, un doble impacto: cambió a un pueblo, cambió el curso de la Historia universal»^[40]. Unos días después, para celebrar la misma efeméride, el PCE organizó en Madrid un mitin que contó con la asistencia de varios representantes diplomáticos de países socialistas, incluido el embajador soviético en España. En aquel acto, Iglesias declaró: «La perestroika es el mejor homenaje a la revolución de octubre»^[41].

Se trataba, evidentemente, de un escenario diametralmente distinto a lo de 1977. En efecto, en 1985 en la URSS había subido al poder Mijaíl Gorbachov, poniendo en marcha las políticas de glasnost y perestroika. Desde el principio el PCE miró con grandes esperanzas a los proyectos promovidos por el nuevo líder del PCUS, que aspiraban a democratizar no solo el sistema soviético en sí, sino también las relaciones del Kremlin con los otros países del socialismo real y con el movimiento comunista internacional. Además, por lo que concernía a las dinámicas de la guerra fría, Gorbachov impulsaba el desarrollo de negociaciones con Estados Unidos dirigidas a la limitación de los armamentos nucleares^[42]. El PCE volvió entonces a acercarse al PCUS, normalizando las relaciones y poniendo fin a casi veinte años de polémicas y enfrentamientos. Al mismo tiempo, con el amparo del Kremlin, consiguió reabsorber las principales escisiones pro-soviéticas que había sufrido durante la etapa eurocomunista, es decir, las de Enrique Líster e Ignacio Ga-

llego. Precisamente en el documento que ratificó la unificación entre el Partido Comunista de los Pueblos de España (PCPE), liderado por éste último, y el PCE, se subrayó que la política de las dos formaciones en el ámbito internacional había llegado a coincidir y, a propósito de las dinámicas que se estaban desarrollando en el bloque oriental, se afirmó: «La perestroika puesta en marcha por el PCUS en la URSS, y otros procesos en los países socialistas, recupera el impulso originario revolucionario de la Revolución de Octubre»^[43].

Estas palabras resultan ejemplificativas del nexo establecido, en el discurso público de los comunistas españoles, entre la Revolución de Octubre y la perestroika: el plan de reformas promovido por Gorbachov fue presentado como una reactivación del espíritu primigenio del 17, capaz de redimir su devenir histórico. Efectivamente el PCE, al contrario de lo que sostenía buena parte de la opinión pública occidental, consideró que el rumbo democratizador impulsado por el nuevo líder del PCUS no constituía una negación de la revolución soviética, sino que le proporcionaba una renovada vigencia. En 1986, por ejemplo, Simón Sánchez Montero escribió que la perestroika, que estaba moviendo entonces sus primeros pasos, habría podido llegar a configurarse como «una nueva revolución en el camino iniciado en octubre de 1917»^[44]. Un año después, en las páginas de *Mundo Obrero* se observaba: «La afirmación de que se había agotado el impulso revolucionario de octubre del 17 ha resultado una conclusión

40.- «URSS-setenta aniversario. Gerardo Iglesias», *Mundo Obrero*, 12-11-1987;

41.- Gerardo Iglesias, «La respuesta revolucionaria que corresponde al mundo de hoy», *Mundo Obrero*, 19-11-1987.

42.- «Editorial. Una nueva etapa», *Mundo Obrero*, 27-3-1985; Vladislav Zubok, *Un imperio fallido. La Unión Soviética durante la guerra fría*, Barcelona, Crítica, 2008; Padma Desai, *Perestroika in Perspective*, Princeton, PUP, 2014.

43.- «Documento de unidad», enero de 1989, Documentos del PCE: Congreso de Unidad PCE/PCPE, AHPCE; «Comunicado PCE-PCUS, 23-2-1987», *Mundo Obrero*, 5-3-1987.

44.- Simón Sánchez Montero, «Un congreso para el año 2000», *Mundo Obrero*, 19-3-1986. Del mismo autor, véase *El futuro se llama libertad (perestroika y socialismo)*, Madrid, El País, 1988.

precipitada»^[45]. En la misma línea, *Nuestra Bandera* publicó en 1988 un dossier titulado significativamente: «URSS ¿revolución en la revolución?». En uno de los artículos que lo componían, Adolfo Sánchez Vázquez repasaba críticamente la trayectoria soviética y concluía diciendo: «La democratización es el alma de la perestroika. Si, como esperamos y deseamos, esta condición decisiva se cumple, el Octubre ruso, después de una dura y dramática navegación, tras las tormentas que amenazaban hundirlo y la inmovilidad que lo iba corroyendo, habrá llegado a buen puerto: el puerto del socialismo»^[46].

Para sostener estos planteamientos, se necesitaba indicar cuál era el alma original del Octubre del 17 que el nuevo rumbo soviético supuestamente rescataba. En esta perspectiva, el PCE recuperó aquella lectura en clave democrática de Lenin que había utilizado hasta los años setenta. Se trató de un recurso empleado también por el discurso oficial de la perestroika^[47]. Manuel Ballester, por ejemplo, presentó los rasgos propios «del proyecto inicial de la práctica leninista» como contrapuestos «en su esencia» a las características que, en cambio, había ido adquiriendo el proceso de «construcción teórica y práctica del mal llamado socialismo real». Según el autor, la tarea histórica que Gorbachov pretendía llevar a cabo con sus políticas era, por lo tanto, la siguiente: «La iniciativa perestroika, por romper el corsé burocrático y reactivar la dinámica y dialéctica sociales, la entendemos [...] como un intento de restauración de la matriz democrática [...] una vez des-

45.- Aurelio Granda, «Tiempo de reformas», *Mundo Obrero*, 15-1-1987.

46.- Adolfo Sánchez Vázquez, «Del Octubre ruso a la perestroika», *Nuestra Bandera*, 143, 1988.

47.- Robert Davies, *Soviet History in the Gorbachev Revolution*, Londres, MacMillan, 1989.



Portada de *Mundo Obrero* del 25 de noviembre de 1987. (AHCCOOA).

truidos los monolitos asfixiantes»^[48]. En la misma óptica, Damián Pretel escribió que la perestroika, con su apuesta por la «ampliación de los derechos» y por la «autogestión de toda vida social», representaba una vuelta a los orígenes, «al leninismo, que siempre abogó por la participación directa de las masas en la dirección de los asuntos de Estado»^[49].

Se tejía así un hilo rojo que conectaba el presente con el pasado: se configuraba un marco discursivo que defendía la renovación en nombre de la fidelidad a la tradición, intentando desdibujar un círculo virtuoso en el que la perestroika y la Revolución de Octubre se legitimaban mutuamente. De todas formas, hay que subrayar

48.- Manuel Ballester, «Lenin contra Stalin», *Nuestra Bandera*, 149, 1991.

49.- Damián Pretel, «La reforma política en la URSS», *Nuestra Bandera*, 138, 1987; Ramón Mendezona, «Votar por la perestroika», *Mundo Obrero*, 2-7-1987.

que, en los análisis del PCE, las esperanzas fueron constantemente acompañadas por la constatación de los obstáculos y resistencias que dificultaban el éxito del proyecto impulsado por Gorbachov. Obstáculos y resistencias que efectivamente, entre finales de los ochenta y principios de los noventa, provocaron la disgregación del bloque soviético y el colapso de la URSS^[50]. Ante este escenario, los comunistas de todo el mundo tuvieron necesariamente que hacer las cuentas con su propia Historia, en mayúscula. El legado de la Revolución de Octubre resultaba más problemático que nunca. En el partido español se delinearon entonces dos posturas.

Un sector abrazó la tesis según la cual los acontecimientos del Este decretaban definitivamente el fracaso histórico no solo del socialismo real, sino también de la identidad comunista en cuanto tal. En una reunión del Comité Central celebrada a raíz de la caída del Muro de Berlín, por ejemplo, Julio Setién calificó lo que estaba ocurriendo en Europa oriental como «una revolución anticomunista»: «Una revolución anticomunista en el único sentido que hasta hoy ha tenido la palabra comunista, en los únicos modelos en los que hasta hoy han gobernado los comunistas. Revolución que derrumba no un régimen, sino nuestro régimen, y no un modelo, sino nuestro modelo»^[51]. Asimismo, en enero de 1990, Miguel Bilbatua escribió en *Mundo Obrero* que el hundimiento de la URSS afectaba plenamente al PCE: «He escuchado argumentaciones del tipo: esto no atañe a nuestro partido, porque nosotros criticamos la invasión de Checoslovaquia, planteamos la exigencia de un paso pluripartidista al comunismo, etc. Y ello es así. Y es un mérito

del PCE haberse adelantado a su tiempo, y a la cultura comunista predominante, en estos temas. Pero hay algo que no podemos obviar. [...] y este algo es que lo que ha fracasado en los países del llamado ‘socialismo real’ ha sido también un modelo de partido. Y este modelo de partido es, en sus líneas generales, el nuestro»^[52]. Los defensores de estos argumentos, por lo tanto, consideraban que la Historia tenía un peso excesivo, insostenible. Consecuentemente, proponían la disolución del PCE, a través de su integración en una Izquierda Unida convertida en partido político. Hubo también voces que invocaron la construcción de la llamada «casa común» con los socialistas. Sin embargo, los partidarios de esta perspectiva «a la italiana» quedaron en minoría en el XIII Congreso del PCE, celebrado a finales de 1991^[53].

En efecto, en aquella ocasión se impuso la tesis favorable a la continuidad del PCE encabezada por Julio Anguita quien, desde 1988, ocupaba el cargo de secretario general del partido. El discurso promovido por el sector mayoritario agrupado alrededor del «califa» aligeraba la Historia, liberándola de sus cargas incómodas mediante una operación de (des)memoria selectiva. Un documento difundido en 1990, con ocasión del setenta aniversario de la fundación del PCE, era explícito en este sentido: «Al hilo de nuestros setenta años de historia, queremos recordar que ninguna estrategia política se constituye sin un ejercicio de reconciliación entre la memoria y el olvido. Olvido de aquella parte de nuestro acervo histórico y político que no contribuye al presente, y

50.- Serhii Plokyh, *The Last Empire. The Final Days of the Soviet Union*, Nueva York, Basic Books, 2014.

51.- «El Este a debate», *Mundo Obrero*, 10-1-1990.

52.- Miguel Bilbatua, «Inicio de debate», *Mundo Obrero*, 24-1-1990.

53.- Julio Anguita y Juan Andrade, *Atraco a la memoria*, Madrid, Akal, 2015, pp. 157-166; Paul Heywood, «The Spanish Left: Towards a Common Home?», en Martin Bull y Paul Heywood (eds.), *West European Communist Parties after the Revolutions of 1989*, Londres, MacMillan, 1994, pp. 56-89.

memoria de aquellos rasgos del movimiento precedente en los que podemos encontrar instrumentos útiles de nuestra identidad individual y colectiva»^[54]. Este enfoque pretendía dejar atrás las facetas oscuras de la trayectoria del PCE, mientras que reivindicaba por ejemplo la defensa de la Segunda República, la lucha antifranquista, el compromiso democrático, el progresivo alejamiento del modelo soviético, etc. Así, el partido «inventaba» su propia tradición para justificar la «razón de ser» de su proyecto emancipador.

Además, el PCE afirmó rotundamente que, con el colapso de la URSS, no había muerto el comunismo en cuanto tal, sino aquella «concepción del comunismo y del socialismo como una doctrina totalizadora y totalizante, fundamentada [...] en la falta de libertad y control democrático y que ha utilizado para su supervivencia los peores métodos y estilos del régimen que se pretendía transformar». En este marco discursivo, la Revolución de Octubre perdió definitivamente su centralidad y su carácter de momento fundacional de la identidad comunista: pasó a ser presentada entonces como tan solo una de las múltiples manifestaciones del devenir histórico de un ideal libertador mucho más am-

plio y transcendental. En este sentido, en otro documento de 1990, el PCE declaraba: «Nos sentimos herederos de todos los procesos revolucionarios y de cambio, de la Revolución de 1789, la de la Comuna de París, la de 1917, los grandes movimientos de emancipación de la mujer, antirracistas o las revoluciones más recientes. Compartimos sus valores sociales y humanistas. [...] Mantendremos nuestra relación con lo más vivo de cada una de ellas y desecharemos lo erróneo, caduco e inservible»^[55].

Así, ante el ocaso de la distopía del socialismo real, Anguita reivindicó el impulso romántico de la utopía comunista: «El comunismo —afirmó en una conferencia pronunciada en el Forum Deusto— es la apuesta por una sociedad de plena emancipación humana en la que [...] se ponga fin a [...] la prehistoria del ser humano, y comience la verdadera historia de la humanidad. Es la plenitud del reino de la libertad. El comunismo [...] supone la culminación [...] de todos los derechos humanos. [...] Para un comunista esto supone la utopía necesaria que da sentido a su acción política»^[56]. Según estas palabras, la verdadera historia de la humanidad todavía no había comenzado: a la prehistoria, por lo tanto, no se le había puesto fin en 1917.

54.- «Setenta años del PCE. PCE, una función de porvenir», en PCE, *El socialismo, una búsqueda permanente (materiales del Partido Comunista de España entre el XII y el XIII Congreso)*, 1991, p. 356.

55.- Ambas citas en «El PCE ante las nuevas realidades», *Mundo PCE*, 1, 14-3-1990.

56.- Julio Anguita, «Izquierda Unida: la apuesta de los comunistas españoles», *Nuestra Bandera*, 145, 1990.